

Después de las preguntas

Vimos ya que hacer buenas preguntas es muy importante para enseñar adecuadamente nuestra lección. Ellas nos permiten guiar el aprendizaje, hacer pensar a los alumnos y transmitir lo que deseamos enseñar. Pero, ¿qué pasa después de que hicimos las preguntas?

Una vez que la pregunta ha sido formulada, el buen maestro observará a sus alumnos, pues las reacciones de ellos le darán indicios de lo que está pasando por sus mentes. Puede ser que ellos no entendieron bien la pregunta, y tal vez lo reflejarán en su mirada. Tal vez no sepan la respuesta, y también, en la mayoría de los casos, el maestro podrá notarlo. O tal vez no estén interesados en la pregunta o en el tema, y lo mostrarán con una actitud de indiferencia.

En algunos casos, el problema está en el maestro mismo. Su interés hacia el tema puede ser menos que entusiasta, y esa falta de motivación, aunque no queramos, se transmite. También es muy importante una actitud descuidada hacia sus alumnos, demostrada por el lenguaje corporal (mirada distraída cuando los alumnos hablan, falta de contacto ojo a ojo, postura echada para atrás, etc.).

El maestro tendrá que hacerse la pregunta: ¿Por qué estoy enseñando? ¿Me impusieron este deber u obligación? ¿Siento que enseñar es una carga? ¿No estoy preparado para enseñar esta lección? Una evaluación honrada de lo que estás haciendo, puede ayudarte mucho. Tal vez no entiendas el privilegio que es ser un buen maestro. O no recuerdes que estás compartiendo con tus alumnos temas de interés eterno. Peor aún es si el maestro no está interesado él mismo en el tema o lección que está enseñando. En todos estos casos, el maestro debe acudir al Maestro con oración, para pedirle que le ayude a percibir las oportunidades puestas delante de él, y la sabiduría para hacer su labor siguiendo el modelo de Jesús.

Las respuestas

El buen maestro espera que los alumnos contesten sus preguntas. Algunos están demasiado ansiosos por no “perder tiempo” y apuran a sus alumnos, y no les dan tiempo a formular una respuesta, especialmente si la pregunta estaba destinada a hacerlos pensar. Para ello tendrá que aprender a esperar, en silencio, con una actitud expectante, mostrando su interés en lo que piensan los alumnos. Puede elevar en silencio una breve oración, pidiendo iluminación para seguir adelante.

Por otro lado, tiene mucho que ver cómo reacciona el maestro a las respuestas que dan los alumnos para que ellos tengan interés en seguir respondiendo. Acepte las respuestas de sus alumnos con alegría y gratitud. Ellos no tienen ninguna obligación de responder, pero al hacerlo le están dando pautas de lo que piensan, de lo que sienten, y de sus necesidades. Algunas veces, puede pedir que quien respondió amplíe su respuesta, indique su razón para darla, o qué piensa de ella. Además, estimule a sus alumnos a hacer preguntas ellos mismos, a la clase o al maestro. Ayúdeles a aprender usando su propia mente, y no repitiendo respuestas memorizadas o sin elaboración. ¿De qué manera aprendimos a caminar? ¿Leímos primero un libro de instrucciones sobre cómo se camina? ¿Tomamos clases para aprender a caminar? Aliente a sus alumnos a “caminar” por los senderos de la vida espiritual, a hacerse preguntas sobre lo que están leyendo en la Biblia o el folleto de lecciones, o sobre lo que ellos creen. Es decir, deben comenzar a aprender por sí mismos, con el apoyo del maestro y de los demás miembros de la clase.

Nunca olvidemos que hacemos preguntas porque queremos que los alumnos piensen en lo que están aprendiendo y, sobre todo, que descubran la importancia y la forma de aplicarlo a sus propias vidas. En la teoría generalmente sabemos mucho, pero lo importante es aplicarlo en la vida. **RAI.**